

PRÓLOGO

LA PENITENCIA DEL TEXTO

Ser sincero es ser potente.

— RUBÉN DARÍO

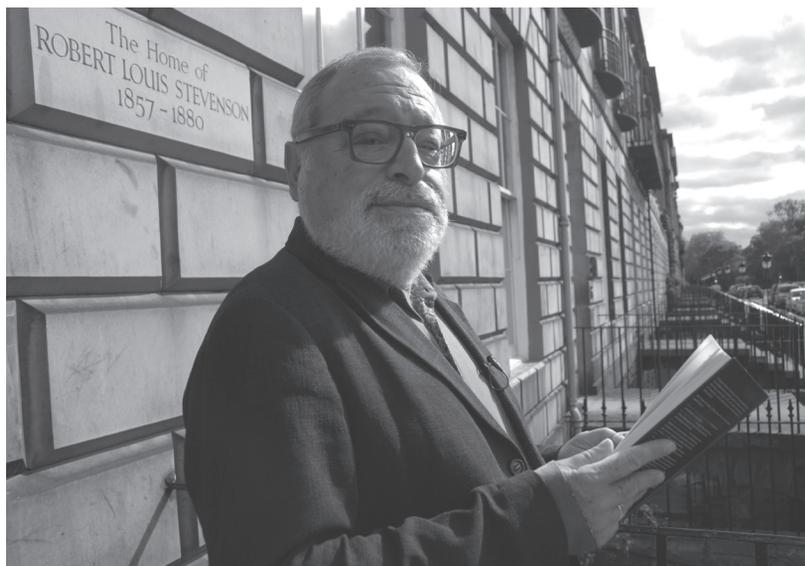
Ahora que el artículo periodístico clásico entra en una fase crepuscular, acosado e incluso sustituido por blogs y otras fórmulas propiciadas por internet, quizá sea oportuno dedicarle una reflexión como despedida anticipada, casi como réquiem. Con una intención apotropaica, al menos en mi caso, es decir, a fin de cuentas queriendo conjurar de este modo la fatalidad que le amenaza e incluso con la esperanza inconfesable de ver cómo se transforma para renacer de sus cenizas, tipo ave fénix de las letras de formato fugaz y cotidiano.

Pueden decirse algunas cosas relevantes a favor del artículo periodístico (hablo con la experiencia pero también con el partidismo de quien ha practicado el género más de cuarenta y cinco años) y son cosas que pueden parecer con-

tradictorias: por un lado permite mucha libertad, por otro exige gran disciplina. La libertad es evidente en la elección del tema, de la perspectiva desde la que enfocarlo, del tono (irónico, severo, desenfadado, etc.) con el cual tratarlo. Aunque la actualidad determina en ocasiones el asunto de fondo, sobre todo en los artículos más políticos, esta influencia del presente sirve para anclar la libertad pero no la excluye: lo mismo que el viajero que se enfrenta a un monumento célebre, digamos el Partenón de Atenas: puede fotografiarlo desde múltiples enfoques, convencionales o desmitificadores, e incluso preferir hacer un esbozo a lápiz del templo o una caricatura. Pero la disciplina no resulta menos necesaria, porque el artículo es un género de límites amplios aunque indudables que excluye ciertas fórmulas literarias muy respetables y sin embargo incompatibles con el periodismo, como el soneto o el tratado.

También impone condicionamientos menos formales y que yo relacionaría con virtudes morales, como la modestia o la responsabilidad. Hay novelistas y poetas egotistas que aseguran –a mi juicio siempre falsamente– que sólo escriben para sí mismos: por suerte, este autismo dudosamente veraz está prohibido al articulista. Nadie es tan arrogante o tan imbécil como para decir que escribe artículos sólo para él mismo. Uno puede dirigirse a los *happy few* o a la mayoría (es cierto que tampoco nadie puede alardear de escribir para «todos»), pero el género impone pensar en otros, en los demás. Solipsismo y periodismo están reñidos, afortunadamente y por motivos esenciales. Por mi parte añadiría, aunque este punto de vista proviene ya más bien de mi ética personal, que el buen articulista sabe que en cierto modo es

Prólogo



Siempre nos quedará Robert Louis Stevenson.

un servidor público y que sus textos cumplen una función didáctica o lúdica pero siempre social. El pavoneo narcisista también es social, desde luego, pero al modo más bien pobre con que el onanismo es sexual. Un buen escritor de artículos es un acelerador de partículas imaginativas y racionales, lo cual excluye el mero capricho autocomplaciente. Trate de lo que trate, el artículo de periódico siempre cumple una función *política*, es decir, se debe a la *polis* y a las obligaciones de nuestra comunidad.

Es probable que estas virtudes del artículo se den también, más o menos transfiguradas, en las anotaciones de los blogs o fórmulas parecidas de la red. Sin embargo, éstas suelen incurrir en dos defectos que el artículo periodístico práctica-

mente nunca puede permitirse. Primero, la irresponsabilidad del anonimato. En la prensa siempre ha sido corriente firmar con seudónimos –desde aquellos de Fígaro o El Pobrecito Hablador de nuestro santo patrono Mariano José de Larra–, pero esos *noms de plume* suelen tener más de blasón que de disfraz. En un periódico, el autor de un texto siempre está localizado o es localizable, nunca puede difuminarse en lo inasible, desdoblarse para aumentar el impacto de su voz ni proferir enormidades desde detrás de una máscara que pertenece a cualquiera o a todos los que quieran adoptarla. El famoso rostro blanco de *V* fue, en la historia original de Alan Moore, un subterfugio para combatir la tiranía, pero hoy funciona como un truco para la impunidad en la ofensa o el delito, es decir, como un santuario de la cobardía.

El otro riesgo de las fórmulas paraperiodísticas en internet es algo que en ocasiones puede verse como una ventaja, incluso por algunos de quienes aún escribimos en periódicos convencionales: me refiero a la extensión del texto. Los que debemos atenernos a la estrechez de los márgenes de la prensa en papel, con sus endémicas carencias de espacio, envidiamos en ocasiones a quienes gracias a la anchura del ciberespacio pueden extenderse casi hasta el infinito sin más restricciones que las dictadas por la propia fatiga (aquí el aburrimiento del lector no cuenta). No niego que quizá en alguna ocasión esto suponga una ventaja real, pero me temo que no es así en la mayoría de los casos. Una de las lecciones de humildad que se reciben al colaborar en prensa es que el más apretado y compacto artículo que uno cree haber ya desgrasado al máximo siempre mejora cuando aún se le suprimen tres o cuatro líneas por exigencias de la composición

Prólogo

de la página impresa. Así se sufre, pero también se aprende. Un articulista no debe escribir mucho, sino muchos pocos.

En la brevedad se encierra también cierta dosis de humanismo, es decir, un reconocimiento de la condición humana que implica la siempre demasiado cercana mortalidad. El pensador germano Odo Marquard, sin duda mi filósofo actual predilecto, lo expresa muy bien así en uno de sus (siempre breves) ensayos: «En vista de la brevedad de la vida de los hombres mortales, y en la medida en que, por decirlo así, constituyen un ataque a la limitada capacidad humana de atención y al escaso presupuesto de su tiempo de vida, los textos son siempre cargas y molestias para el prójimo. Esto significa que todo texto debe siempre hacer penitencia por su propia existencia» (en «El escepticismo como filosofía de la finitud», incluido en *Individuo y división de poderes*, Ed. Trotta). La brevedad es uno de los modos de purgar esa penitencia. El otro, señalado por Marquard, es el estilo. Esa voluntad de estilo que debemos al lector, aun a riesgo de ser derogados como «brillantes» —o sea, como «frívolos»— por quienes consideran que la gravedad no es sólo una ley física sino también moral, un signo de rigor. Para tomarse lo escrito en serio y no incurrir en la ligereza «periodística», esa abominación, ellos creen que la prosa no debe concederse ninguna complacencia estética, tanto menos lúdica. Pero yo prefiero ampararme de nuevo en Marquard: «El juego estilístico y estético de las formulaciones no es lo opuesto a la seriedad, sino una de sus concreciones: aquella que toma tan en serio la seriedad que considera necesario hacerla más soportable».

Brevedad mayor o menor, estilo y aún suele darse en los artículos reunidos en este libro una tercera forma de peni-

tencia por el tiempo vital que exige leerlos. Tratan todos ellos de temas culturales, por lo que procuran ser siempre transitivos, no cerrados en sí mismos: cada uno remite a algún autor distinguido, a un libro digno de ser leído, a un film o una pieza dramática, a un cuadro o un cómic. El elogio que más agradezco para cualquiera de ellos es el de quien me dice: «gracias a ti conocí a». En varios se explicita mi preocupación por la educación hoy, en la era de internet, y también por el papel que puede jugar en ella (o sencillamente en el ajuar mental del hombre actual) la filosofía. A veces se me ha reprochado desde la exigencia académica, con mayor o menor simpatía, mi tendencia a intentar escribir sobre filosofía para quienes carecen de estudios y titulación en la materia. He solido encogerme de hombros ante estos reproches o tratar de justificarme más o menos embarazadamente, hasta que leí este concluyente dictamen de Odo Marquard (es la última vez que le cito, palabra, al menos en este prólogo): «Los filósofos que sólo escriben para filósofos profesionales actúan de un modo casi tan absurdo como actuaría un fabricante de calcetines que sólo fabricase calcetines para fabricantes de calcetines». Pues así procuro no figurarme que soy yo, el mismo que viste y calza.

Estas figuraciones mías se completan con otras figuras, fotografías tomadas en lugares y decorados literarios de mi predilección. Se deben a Sara Torres y, a pesar de su calidad estética ocasional, el lector puede creerme si le aseguro que en todos los casos lo más bonito estaba detrás de la cámara y no delante.

San Sebastián, agosto de 2013